

Biblioteca Films

EL COFRE DE LACA



NÚM.
505

ALICE FIELD

25
CTS.

Rosa Vidal



KEMM Jean

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Calle de Valencia. 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 505

Le Coffret de Laque, 1932

EL COFRE DE LACA

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título, interpretada por el actor

R. ALEXANDRE

Narración de HARRY BALTMORE

Eit. 13-7-33

Film doblado en español de las

Exclusivas ALMIRA

Rosellón, 210 BARCELONA

INTERPRETES

Preval	R. ALEXANDRE
Lucía	M. Dejardin
Carelli	Maurice Verny

ARGUMENTO DE LA PELICULA



PRIMERA PARTE

Magnífica, suntuosa en extremo, la mansión del sabio químico Amory, se hallaba situada en las afueras de París. En ella tenía establecido el viejo sabio su misterioso laboratorio y desde hacía tiempo venía trabajando pacientemente en la resolución de una fórmula, gracias a la cual el ejército francés adquiriría una preponderancia extraordinaria sobre los de las demás naciones. ñ

Ya en varias ocasiones Amory había dado pruebas de su talento con algunos grandes inventos y por lo mismo, las naciones extranjeras no perdían de vista a este hombre singular a cuyo talento temían.

Para la realización de su nueva fórmula encerrábase en viejo en su laboratorio y permanecía allí horas y horas ajeno a lo que pasaba en su casa. Con ese interés tan propio en todo hombre de ciencia, Amory no vivía más que para su invento y la fórmula, casi terminada, la encerraba cuidadosamente en



Se había formado una partida de bridge.

un cofrecito de laca, para que nadie pudiera dar con ella y robársela.

Una de las noches, mientras que él se afanaba en su laboratorio, en la sala de la casa se había formado una partida de bridge, entre los amigos y familiares de Amory.

El ruido del aparato de radio molestaba a los jugadores hasta que uno de ellos exclamó nerviosamente:

—¡No comprendo como hay quien le gusta la radio!

—Es verdad — respondió Enriqueta, hija del señor Amory, la que dirigiéndose a su cuñada, le dijo:

Lucía, cierra la radio y tráenos algo de beber, nos estás matando de sed.

Al poco rato apareció un criado llevando sobre una bandeja varias copas de champán, naranjada y limonada y los concurrentes a la velada saciaron la sed, al mismo tiempo que Enriqueta le decía al criado:

—Advierta al señor Amory que es media noche y ha de tomar algo.

—El señor ha prohibido la entrada a su laboratorio — respondió el criado, negándose discretamente a interrumpir el trabajo de su señor.

Enriqueta hizo un gracioso mohín de disgusto y su cuñada le dijo:

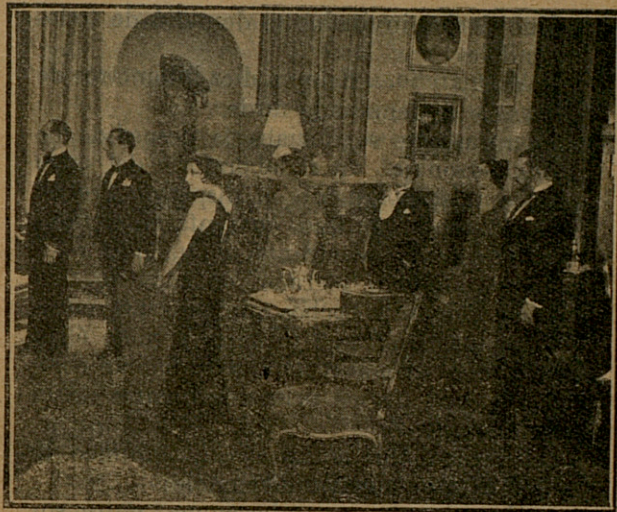
—No te enfades... Ya sabes que el viejo es un hombre algo raro.

—¿Por qué no vas tú a decírselo?—le dijo Enriqueta.

—¿Que vaya yo a decírselo?—exclamó Lucía, rehusando la invitación —. Mejor es que vaya mi hermano, o el señor Ravenes...

El aludido se quedó mirando extrañado a Lucía y su cuñada Enriqueta se apresuró a decirle:

—El señor Ravenes es su invitado y no



Se oyeron varias detonaciones.

debe ir... El que debe sacrificarse es Raynor... Para algo es su secretario.

En aquel instante se oyeron varias detonaciones y los jugadores y cuantos se hallaban en el salón se levantaron rápidamente alarmados por el ruido producido.

Enriqueta sonrió ante el temor de todos y exclamó:

—No alarmarse... ¡Son sus diversiones!... No piensa que hay mujeres en la casa.

Uno de los invitados se despidió de todos diciéndoles:

—Me marcho... Estoy a diez kilómetros de mi casa y es demasiado tarde.

Mientras que se iniciaba la despedida de varios personajes, en el laboratorio del sabio entraba misteriosamente el inspector Preval. Era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y de mirada penetrante. Su talento y su intuición, habían logrado, en más de una ocasión, descubrir hechos que parecían rodeados del más profundo misterio y sobre él se cernía una cierta aureola, que lo habían colocado en uno de los primeros lugares de la policía secreta.

Al llegar donde estaba el viejo químico, lo saludó afectuosamente diciéndole:

—Cumpliendo sus indicaciones, entré sin que nadie me viera.

—¿Está usted seguro que nadie sospecha de la presencia de un policía aquí?

—Segurísimo — respondió sonriendo Preval —. Antes me habrían tomado por un ladrón que por un detective... ¿Y ahora dígame de qué se trata?

El químico le explicó la fórmula que había descubierto y le enseñó a continuación el cofre de laca, diciéndole:

—Aquí guardo la fórmula del invento que perfecciono, pero he advertido que hay alguien que tiene especial empeño en robarla.

Le mostró varias señales de haber sido forzada la cerradura y al final le dijo:

—Indudablemente el que ha pretendido abrirla opera con llave falsa, pero ha usado guantes y sus marcas digitales no son posibles.

El policía examinó el cofrecito de laca y al fin preguntó:

—¿Qué personas hay en la casa?

—Los criados — respondió el viejo Amory —. Raynor, mi secretario, quien está alojado de mis estudios. Después Richard Stenay, mi hijastro.

—¿Richard Stenay? — exclamó sorprendido el detective?

—Sí — respondió el viejo —. ¿De qué se sorprende?

—No, de nada—replicó el detective—. Su hijastro ¿no es hijo de la señora Amory, su primera esposa, muerta hace doce años?

—Así es verdaderamente —, respondió el químico —. Yo la conocí en Suiza... visitaba los centros internacionales.

—Su yerno, ¿verdad que en muchas ocasiones necesita dinero?... ¿No es usted quien se lo facilita, como administrador de la fortuna que le dejó su madre?

—En efecto.

—También está casado por segunda vez— siguió diciendo el detective —. La primera

vez se casó con la hija de la señora Strade... asesinada hace tres años.

—Se equivoca — respondió Amory —. La señora Strade murió en un accidente de automóvil... Así lo reconocieron todos.

—Menos yo — exclamó el detective —. Tengo la seguridad de que la señora Strade murió asesinada y de que Richard debe saber algo de ello, o por lo menos lo sospecha.

El sabio se quedó mirando fijamente al detective y no pudo menos que exclamar:

—¡Me asusta usted, señor Preval!

—Por ahora no hay motivos, pero le recomiendo que vigile a su yerno.

—Lo haré así — le prometió Amory —. También vive aquí Ravennes, el hijo del conocido fabricante del mismo nombre.

—Sí, sí — repitió el detective, sin apenas hacer caso de las últimas palabras de Amory. Al fin tras una leve vacilación le dijo:

—¿No podría usted hacerme depositario de esta famosa fórmula?

—Imposible, señor Preval — respondió el viejo negándose —. Tengo absoluta confianza en usted, pero necesito siempre este documento para consultarlo.

El detective recorrió con la mirada todo el laboratorio y al final le dijo:

—Pues debo decirle que si lo guarda usted no respondo de nada. Sé que le amenaza

un gran peligro y que el golpe está preparado hace meses...

El viejo, sin inmutarse ante las palabras del policía, respondió:

—Lo sé... Sé que me amenaza un gran peligro, que tal vez podría morir, pero quisiera antes terminar mi tarea... Esconderé el documento y tomaré mis precauciones.

El detective siguió callado durante unos segundos, hasta que finalmente preguntó:

—Necesito preparar ciertas emboscadas... ¿Se ausentan con frecuencia los que viven aquí?

—Poco... El domingo irán a las carreras de caballos y luego volverán otra vez.

—Pues hasta el domingo, señor Amory — respondió el policía despidiéndose.

Y con el mismo misterio que había entrado abandonó el laboratorio y poco después la finca.

SEGUNDA PARTE

El domingo por la tarde, después de las carreras, en las que Richard Stenay había perdido una crecida suma, se hallaban nuevamente en casa del viejo Amory y entre ellos figuraba un nuevo invitado. Se trataba de un tal Carelli a quien Richard había conocido en el Club.

El señor Preval vió a Lucía hablando con otro invitado llamado Raymond y al irse acercar la joven se separó de él disimuladamente. El detective llegó hasta donde estaba Raymond, quien al verle lo saludó diciéndole:

—¿Que tal, gran detective?

—Le ruego que no me llame detective y me diga si la señora Richard Stenay estaba con usted.

—La misma — respondió Raymond —. ¿Quiere que se la presente?

—No, gracias—replicó el detective—. Es raro que no la acompañe su esposo.

—Habrá ido a París a que le presten di-

nero... Debe andar sin un franco... La vida con Amory se le ha hecho insoportable a causa de que el viejo no le da un céntimo más del que tiene asignado en su herencia.

Preval sonrió ante las declaraciones del joven y finalmente no pudo menos que decirle:

—Usted es un buen hombre y no miente, para no verse complicado en futuros acontecimientos...

—¿Dice usted que en futuros acontecimientos? — preguntó asustado Raymond—. Pues ahora mismo voy a anunciar que me marcho a Egipto, o a otro sitio más lejos...

—Yo quiero siempre vivir tranquilo...

Preval le sujetó amistosamente por un brazo y le dijo seriamente:

Al contrario... Usted no debe separarse de ellos ni un minuto... Si secunda mis planes colaborará en la salvación de su país...

—¿En la salvación de mi país? — preguntó extrañado Raymond —. Precisamente ha tocado usted mi punto flaco... Dígame qué debo hacer, explíquese.

—Yo no puedo hablar aquí, venga conmigo.

Se alejaron los dos, mientras que en aquel momento el nuevo invitado Carelli se acercaba a Lucía y le decía sonriendo:

—La felicito por su matrimonio... Ha sido un golpe maestro, Sonia.

Lucía miró fijamente a Carelli y procurando recobrar la serenidad, al verse descubierta exclamó:

—Sonia pasó a la historia... Me llamo Lucía... ¿Qué quieres?

—Hace tiempo que deseo ser presentado al inventor Amory... Nadie mejor que tú, que eres la mujer de su hijastro.

—¡Imposible! — respondió Lucía —. No esperes eso de mí.

Carelli sonrió cínicamente y volvió a decirle:

—¿Tendré que recordarte que tengo medios para obligarte a que me secundes?

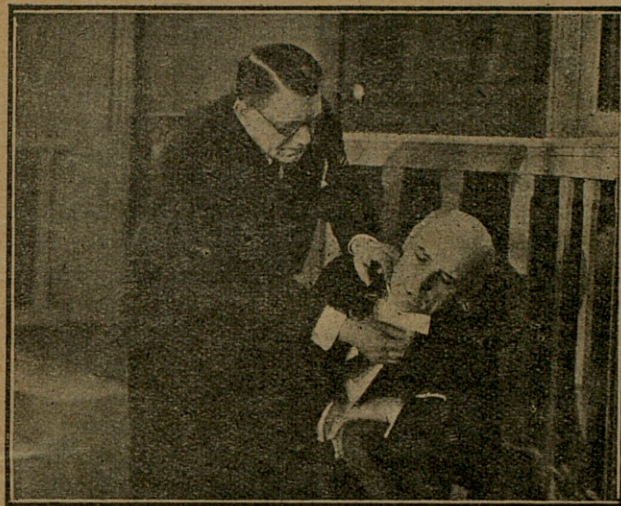
Lucía guardó silencio, comprendiendo que estaba en manos de aquel hombre y Carelli continuó diciéndole:

—Tu villa es espaciosa y hay en el hall una habitación que necesito... como necesito que me presentes a Claudio Amory.

Lucía sometida a la voluntad de Carelli, no tuvo más remedio que presentarlo a Amory, quien después de charlar con él un rato, le dijo:

—Doctor, ahora que sabe el camino de esta casa, espero que volverá con frecuencia.

Mientras los dos hombres hablaban, Lucía se había apartado de ellos y fué en busca de su esposo que hacía un rato había llegado. Este que había advertido la indiferencia con que su esposa trataba a Carelli, le preguntó:



Corrió a prestarle ayuda.

—¿Qué tienes, Lucía?... Pareces preocupada.

—No sé—respondió ella, tratando de disimular—. Tal vez sea el calor.

Un criado fué sirviendo el café a todos, mientras que Richard le preguntaba a su esposa:

—¿Acaso te inquieta la presencia de Carelli?

—Sí—respondió ella—. Es un hombre a

quien conocí hace tiempo y cuyo trato no me es agradable.

—¿Acaso entre tú y Carelli, hay algún secreto? — preguntó nerviosamente su esposo.

—¡Me ofende esa pregunta, Richard!— exclamó ofendida Lucía.

—Pues entonces no estés así—volvió a decirle su esposo—. Yo necesito de él. En el Club me habló de un negocio y es preciso que me ayudes.

En aquel mismo momento, el señor Amory, que acababa de tomar el café, se sintió indispuerto y en él se advirtieron síntomas de envenenamiento. El detective corrió a prestarle ayuda, pero Amory desvanecido por los efectos del veneno, tuvo que ser transportado a sus habitaciones.

Entre los invitados se produjo el natural revuelo y Raymond miró al detective como si quisiese preguntar si aquello era el principio de los acontecimientos que le había dicho.

Enriqueta, debido a su naturaleza que se afectaba por cualquier cosa, se dejó caer sobre una silla atacada de un fuerte nerviosismo mientras que Lucía trataba de auxiliarla.

Una vez que Preval consiguió restablecer la calma, se encaró con los que estaban en el salón y les dijo:

—Señores, la fórmula del señor Amory



Lucía trataba de auxiliarla.

acaba de ser robada. Nadie podrá salir de aquí, hasta que se encuentre.

—Yo estoy dispuesto a dejarme registrar —exclamó Raymond.

—Si necesitan a un doctor para el señor Amory — se ofreció Carelli — yo estoy a su disposición.

—Sosiéguese — respondió con tranquilidad el detective—ya he dado al señor Amory los primeros antídotos contra la tentativa de

envenenamiento y he mandado venir una ambulancia por él... Ahora voy a apagar la luz y el que haya robado la fórmula que la coloque otra vez en el cofre de laca, para evitar situaciones violentas.

Hizo lo que decía y al hacerse la luz en el cofre había una nueva fórmula falsa, puesta sin duda alguna por el mismo que la había robado.

El detective sonrió burlonamente y dijo:

—La misma persona que ha robado la fórmula ha devuelto otra falsa. El ladrón ha tenido tiempo de cambiar la fórmula creyendo que el señor Amory no resistiría el veneno... Ninguno de ustedes podrá salir de aquí, el que lo intente será igual que si se acusase a sí mismo... Pueden retirarse a sus habitaciones.

Salieron todos, sin atreverse a contradecir la orden del policía y éste quedó completamente solo, pensando en que la fórmula estaba en la casa y desde luego oculta en algún sitio, pues no era presumible que el poseedor de ella la ocultase encima, para exponerse a que lo registraran.

TERCERA PARTE

En el cofrecito de laca no solamente se hallaba la fórmula, sino que había también varias sales químicas, que en algunas ocasiones habían servido para aliviar alguna pequeña indisposición de los familiares.

De pronto, el detective sintió pasos y vio que Enriqueta se apoderaba del cofre.

Apareció de repente y la muchacha dió un grito de espanto al verlo ante ella.

Sonrió el detective y le preguntó:

—¿Qué busca usted aquí?

Enriqueta, con el cofre en la mano, respondió:

—Buscaba el pomo de las sales... es para mi prima Marta.

—Dígame—le preguntó otra vez Preval—. ¿Quién trajo el cofre esta noche aquí?

—La señora Stenay.

—Muchas gracias — terminó diciendo el detective—. Puede cojer el pomo y dejar el cofre donde estaba.

Enriqueta cumplió la orden y salió del sa-

lón, en el que entró poco después Raymond preguntando al policía:

—¿Ha descubierto usted algo?

—Tengo la esperanza de que lo conseguiré—le dijo Preval—. El culpable me ve y yo no veo a él, pero sus nervios lo traicionarán.

—¿Sus nervios? — preguntó Raymond extrañado.

—Indudablemente — siguió diciéndole el policía—. Siempre llega un momento en que los nervios flaquean y es cuando el detective se aprovecha. Usted debe quedarse aquí a vigilar un par de horas, si no tiene miedo.

—Miedo no tengo ninguno — respondió Raymond—, aunque la verdad desearía saber si corro algún peligro.

—No se preocupe por eso que yo vigilaré—, le respondió el detective, a la vez que abría un biombo y colocaba tras él una silla. Luego se volvió a Raymond que lo veía maniobrar y le dijo:

—Instálese aquí y tenga esta pistola... Al primer ruido sospechoso dispare.

—¡Vaya un encarguito que me da usted! —replicó resignado Raymond, colocándose donde le había dicho el detective, quien después de apagar las luces se retiró diciéndole:

—Ya lo sabe... Dispare al menor ruido.

A los pocos minutos de hallarse solo, Raymond oyó voces detrás del biombo que decían:

—¡Cuidado, que está detrás del biombo escondido!

—¿Le respetamos la vida? — respondió otra voz misteriosa que le era desconocida a Raymond.

—De ninguna forma — respondió el que primeramente había hablado—. ¡No podemos tener piedad de los imbéciles!... Ponle el cloroformo... ¡Yo le hundiré mi navaja en cuello!

Raymond no pudo contenerse más tiempo y comenzó a dar gritos pidiendo socorro. A sus voces acudieron todos los que se hallaban en la casa, excepto el detective. Y en cuanto encendieron la luz Raymond, señalando hacia el lugar donde había oído hablar, les dijo:

—¡Están allí!... ¡Allí!... ¡Me querían asesinar!

Todos se volvieron hacia el lugar que indicaba Raymond y en aquel instante volvió a oírse una voz que salía del aparato de radio y que decía:

—Aquí... Estación Radio Europa... Acabamos de radiar el drama "Infanticidio".

—Pero, si era la radio—exclamaron riéndose del susto de Raymond.

—¿Y quién lo ha puesto en marcha?—preguntó extrañado Raymond.

—Fuí yo—exclamó Preval, que llegaba en aquel momento—. Me enteré del pro-

grama y preparé el truco para reunir a todos en el hall y reconocer la casa.

Se acercó a Raymond y le dijo sonriendo:

—Perdón por el susto y devuélveme el arma que no tiene balas.

—¿Que ha registrado nuestras habitaciones? — preguntó extrañada Lucía.

—En efecto—contestó el detective—. He encontrado la llave de la caja de caudales donde se encerraba el cofre en su cuarto.

Le mostró la llave y Lucía respondió, mirándolo fijamente:

—Juro que la veo por primera vez.

—¿Quién pudo entrar en su cuarto, entonces para dejarla?

Y al ver que no contestaba, siguió diciéndole:

—¿Nadie?... Entonces queda usted a mi disposición.

Volvieron a salir todos y el detective le dijo a Raymond:

—Se ha portado usted admirablemente... Ahora yo ocuparé su plaza... ¡Hasta mañana! Y al quedar solo se echó sobre el sofá y apagó primeramente las luces para dormir hasta el día siguiente, o por lo menos para fingirlo así.

A la mañana siguiente el primero que entró a verlo fué Raymond que le dijo:

—El criado es el culpable, señor Prebal.

—¿Que es el culpable?



—Queda usted a mi disposición.

—Sí—insistió Raymond—el criado es el culpable que yo me muera de hambre.

Llamó a un timbre y al aparecer el criado le dijo:

—Puede darme el desayuno.

—Cuando guste, señor—respondió el criado. Y dirigiéndose al detective le dijo:

—El señor Raynor desea hablarle.

—Dígale que pase—respondió Prebal.

Poco después se hallaban los dos hombres solos y el secretario comenzó diciéndole:

—No sé si sabrá usted que el señor Amory me dejaba al cuidado de abrir su correspondencia y recuerdo que hace pocos días, entre sus cartas vi un anónimo. Decía así: "Desconfíe de Selma Goertz y de sus amistades". Selma Goertz es el nombre de una espía peligrosa que murió hace tres años y dejó una hija que ha desaparecido sin que nadie sepa nada de ella.

—Lo sé — respondió el detective—. Estoy informado de todo eso, pero no obstante le agradezco que me haya puesto en antecedentes de ese anónimo. Si me hace falta ya se lo pediré.

El secretario, después de esta confidencia, volvió a salir y el detective llamó a un criado a quien dijo:

—Le suplico que diga a la señora Stenay que me conceda algunas palabras.

Minutos después se entrevistaba con la señora Stenay, o sea con Lucía, a quien le dijo:

—El ladrón sólo tuvo tiempo para llegar hasta aquí y esta noche, mientras aparentaba dormir, vi dos veces una sombra acercarse, pero mi presencia le impidió realizar lo que se proponía. Tengo la seguridad de que la fórmula está oculta en la casa... Sólo me falta dar con el escondite.

—¿Y era para esto para lo que me ha llamado? — preguntó inquieta Lucía.

—También para decirle que deseo evitar un escándalo en la familia.

—¿Un escándalo? — preguntó Lucía afectando una gran extrañeza.

—Sí—respondió el detective— pero antes he de pedirle perdón por no haberla reconocido anoche... Yo la conocí hace ocho años, en Ginebra, con su madre Selma Goertz.

Lucía palideció un instante, pero volviendo a recuperar su sangre fría respondió con firmeza:

—Se equivoca usted... Mi madre se llama Strade y nunca vivió en Ginebra.

—No trate de engañarme, señora, porque es inútil—respondió el detective—. Dígame, ¿cuánto le exige Carelli por callarse?... ¿Por no decir a su esposo que es la hija de Selma Goertz?

Lucía al verse descubierta no sabía qué responder y el policía volvió a decirle amablemente:

—¿Prefiere que sea yo el que informe a su esposo?

—¡No! — gritó desesperada ella—. Se lo confesaré todo a usted y me comprenderá.

—Yo no quiero que sepa que viví en el ambiente de espionaje. El amor de Richard me salvó y he tratado de ser digna de él.

—Lo sé — exclamó el detective — como también sé que ese Carelli ha querido sacar partido de su situación... ¿verdad?

—Sí—, confesó Lucía—trataba de buscar la complicidad de mi esposo con negocios fantásticos... Cuando comprendí lo que intentaba quise matarme, pero me faltó el valor, porque comprendí que sin mí, Richard quedaría a merced de ese hombre. Por eso fui quien le ofreció el café al señor Amory, convencida de que era un narcótico.

Preval sonrió bondadosamente y le dijo:

—No, no fué usted quien se lo ofreció, sino su marido. Usted lo que ha hecho únicamente es buscar la forma de que nadie sospeche de su marido. Su marido ha buscado dinero por otras partes y además quería hacer desaparecer la fórmula para cumplir con sus ideales pacifistas.

Lucía callaba ante las palabras del detective que terminó diciéndole:

—La policía va a llegar de un momento a otro y no quiero detenerla. Le aseguro dos cosas, que la salvaré y que salvaré a su marido.

Dejó marchar a la joven y durante unos segundos quedó sumido en sus pensamientos indagando donde habrían podido esconder la fórmula, objeto de todos aquellos incidentes.

CUARTA PARTE

Al ir a entrar en el salón advirtió en él la presencia de Carelli que hablaba por teléfono y se quedó en el quicio de la puerta para enterarse de lo que decía. Carelli pidió un número de teléfono y cuando se puso al habla con él comenzó diciendo:

—Soy Carelli... La policía está aquí... Todavía no me han interrogado... Esperen donde siempre...

Preval hizo ruido para denunciar su presencia y fingiendo que entraba en aquel momento, le preguntó al verle dispuesto para marchar:

—¿Ya nos deja?

—Sí—respondió Carelli—. Yo desearía que me registrasen... Soy forastero en la casa y pueden sospechar de mí. Ignoro lo que puedan durar las gestiones de la policía y como tengo negocios en Ginebra...

—Ginebra—exclamó el detective—. Muy bonita ciudad. Negociar... viajar... todo eso debe ser muy divertido... Pero a veces uno se encuentra con chantagistas, ladrones... y hasta con asesinos... ¿verdad?

—Desde luego—respondió Carelli— pero cuando se tiene la conciencia tranquila no hay nada que temer... Además, no me interesa nada de lo que aquí ocurra y me voy.

El detective lo detuvo con un gesto y le dijo:

—No saldrá de esta casa hasta que todo esté aclarado... ya falta poco.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó alarmado Carelli.

—Pues que ya tengo a uno de los ladrones y que es usted, señor Carelli... Le conozco hace tiempo...

Carelli al verse perdido, hizo alarde de todo su cinismo y exclamó desafiando al detective:

—¿Desea que diga lo que sé?... Pues voy a hablar... Haga venir al señor Stenay.

El detective se levantó y metiéndose la mano donde llevaba la pistola le dijo:

—¡Carelli!... ¡Usted no dirá nada!... ¡Y si dice algo le haré callar inmediatamente, sin preocupación alguna!... Bien sabe que puedo hacerlo.

—No me importa—repitió Carelli—. Yo debo decir quién es una tal Selma Goertz.

—Sí—, repitió el policía—. Selma Goertz, a la que usted asesinó. La infeliz para asegurar la felicidad de su hija, se arrepintió de todos sus actos, pero sus cómplices, temiendo una delación suya la asesinaron y disfrazaron su crimen como si su muerte hubiera sido casual... Usted, pagado por una potencia extranjera, se introdujo aquí para robar un documento.

Mientras le hablaba había hecho sonar disimuladamente un timbre y al aparecer los policías les ordenó:

—¡Detengan a ese individuo y llévenlo al tribunal militar!

Raynor que había venido también cuando se llevaron detenido a Carelli, le preguntó al detective:

—¿Conocía usted a Selma Goertz?

—Sí, fué una de mis más terribles enemigas.

—Y cree usted encontrar la fórmula y desenmascarar al verdadero culpable.

El detective se le quedó mirando fijamente y le respondió:

—Usted es un joven que merece protección... Voy a ayudarle principiando por decirle el nombre del culpable.

Tomó la copa de Oporto que le había servido el mismo secretario y al ir a beberla se presentó un policía. Con la copa en la mano salió para ver lo que deseaba y habló con él en voz baja.

Volvió otra vez donde estaba el secretario y bebió de un sorbo la copa de Oporto, exclamando:

—¡Qué amargo es este Oporto! — Después de una pequeña pausa siguió diciéndole:

—El que robó la fórmula y distinguió la falsa debió ser muy práctico en química y como el que la descubrió primeramente fué usted, por eso sospecho de que haya sido usted el ladrón...

Apenas terminó de decir esto, se llevó las manos al estómago y advirtiéndole que en el vino habían mezclado un veneno se quedó mirando al secretario y exclamó:

—¡Canalla! — Hizo una nueva pausa y siguió diciéndole—. Vino después el truquito de la llave. Usted, cuando asustados, todos bajaron al hall entró en el cuarto de Lucía, pero yo lo vi salir y comprendí que trataba usted de comprometerla... Ya hace días que usted había preparado el veneno que se le suministró al señor Amory... Durante esta noche yo le vi entrar dos veces aquí, para recoger la fórmula que había escondido Carelli y gracias a usted he podido dar con el lugar donde estaba escondida la fórmula y ponerla en lugar seguro...

Preval, como si aquellas palabras le hubieran costado un gran esfuerzo, calló dejando caer la cabeza pesadamente y el secretario

lanzó una carcajada, al mismo tiempo que exclamaba:

—Es usted un buen detective... Todas sus deducciones son ciertas, pero eso le ha costado la vida... El veneno que le he dado no lo resistirá más de dos minutos...

—Craro que el Oporto era amargo... Como que se ha bebido todo el veneno... Solamente me queda que darle las gracias por haberme librado de Carelli, mi rival.

El detective permanecía con la cabeza caída sobre el pecho, preso del veneno que le había suministrado el secretario, pero al ir a salir éste, oyó la voz de Preval que le detenía diciéndole:

—¡Buen viaje, señor Raynor!

Se volvió rápidamente para defenderse y vió al detective que le encañonaba con una pistola y le decía:

—No se precipite tanto otra vez... Mis agentes tenían preparada otra copa para mí... Gracias a esta muerte fingida ha declarado usted.

Inmediatamente varios policías, en presencia de todos los de la casa, se hicieron cargo del secretario y cuando se lo llevaban conducido entró Raymond exclamando:

—Señor Preval... Tengo una pista segura.

—¿Cuál? — preguntó sonriendo el detective.

—He visto al jardinero hacer un hoyo en el jardín... ¿será para enterrar la fórmula?

—¡Quién sabe!... ¡quién sabe!—respondió el detective, al mismo tiempo que salió con él, mirando a Lucía como queriéndole indicar, que ya nada tenía que temer de los que fueron cómplices de su madre.

FIN

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: **1'00 peseta**

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.

Producción: **ARTISTAS ASOCIADOS**

LA ULTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y HELEN TWELVETREES.

Producción: **R. K. O. Exclusivas SICE**

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN

Exclusivas: **HUEI**

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SESSUE HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WARNER OLAND.

Producción: **PARAMOUNT FILMS**

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables **Ediciones Biblioteca Films** que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelon

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"- Apart. 707- Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

EN PRENSA

Nuevas ediciones de las obras de mayor éxito



EL DESFILE DEL AMOR
CHEVALIER

E S P E R A M E
GARDEL

EXPRESO DE SHANGAY
MARLEN DIETRICH

UNA HORA CONTIGO
CHEVALIER

LUCES DE BUENOS AIRES
GARDEL

REMORDIMIENTO
PHILLIPS HOLMES

Hágase reservar sus ejemplares, pues
los pedidos se servirán por riguroso
orden de recepción.

Siempre lo
mejor de lo mejor en **Ediciones Biblioteca Films**

La más antigua novela cinematográfica

PIDA HOY MISMO EL CATÁLOGO ILUSTRADO A :

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

